Diplomacia, Defensa, Desarrollo, Desarme

La retirada de Estados Unidos de Afganistán, tras 20 años de una misión que comenzó como una operación antiterrorista, evolucionó hacia una operación de cambio de régimen y terminó como un ejercicio de construcción nacional que fracasó y provocó un intenso cuestionamiento entre los aliados. Desde los parlamentos hasta los think-tanks y los medios de comunicación se impuso la nueva narrativa: Joe Biden abdicó irresponsablemente del liderazgo mundial de "Occidente", allanando el camino para que potencias "no occidentales" como Rusia y China se afirmaran como alternativas geopolíticas emergentes.

Sin embargo, estas suposiciones no tuvieron en cuenta el cambio de actitudes en Estados Unidos. Voces de todo el espectro político cuestionan cada vez más el consenso pro-intervencionista que sustentó décadas de política exterior estadounidense. El actual presidente, Joe Biden, en su discurso dejó claro que no se trataba de un movimiento errático, sino todo lo contrario, el discurso ofrecía visiones significativas del nuevo pensamiento en Washington. El mensaje más importante fue que Estados Unidos está dejando atrás la era de intentar rehacer el mundo por la fuerza. Y con razón: tras el pensamiento hegemónico de Occidente, a partir de los años 90 (la época de la globalización económica), hasta la guerra global contra el terrorismo de 2001, la mayoría de las medidas adoptadas sólo provocaron un mayor resentimiento y rechazo en todo el mundo.

¿Dónde deja esto a todos aquellos que, durante décadas, gastaron su energía luchando contra las políticas agresivas hacia un nuevo orden global justo y unas democracias resistentes?

Como demuestra la experiencia de Estados Unidos, hacer demasiado hincapié en la dimensión militar, aparte de sus resultados normalmente desastrosos en los países y regiones afectados, trae consigo consecuencias más perjudiciales a largo plazo. Entre ellas está el crecimiento del complejo militar-industrial y de las cohortes de políticos, medios de comunicación, grupos de reflexión y grupos de presión con intereses creados en perpetuar el ciclo de militarización. Esto consolida las inercias políticas y burocráticas, el pensamiento de grupo y la degradación de la experiencia específica de cada país y región. Esto desincentiva el aprendizaje de las lecciones correctas de los fracasos de las políticas, la resistencia al cambio y prácticamente garantiza unos resultados políticos sistemáticamente malos.

Es posible una estrategia alternativa. Debería rechazar, si es posible, la vía de la militarización, y aprovechar en su lugar otros puntos fuertes: negociaciones económicas y comerciales, políticas verdaderamente de desarrollo en estrecha colaboración con los países/regiones afectados, compromiso diplomático. Una verdadera estrategia no consiste sólo en construir tanques y aviones, sino en forjar un camino que tenga que ver tanto con los métodos de compromiso internacional como con las capacidades y los medios.

Los progresistas tienen una responsabilidad especial a la hora de articular una visión que evite el énfasis excesivo en la militarización, la inercia de la relación subordinada y, en el otro extremo, la noción utópica de que nadie necesita ningún medio de defensa. Lo que se necesita son instituciones multilaterales fuertes basadas en el realismo progresista, que combinen valores, intereses y medios pragmáticos para avanzar.

Los movimientos internacionales construidos en torno a "otro mundo es posible" o "viernes por el futuro" podrían constituir poderosas herramientas de concienciación si nos aseguramos de que los progresistas de todo el planeta asocian, como debe ser, la creciente demanda de un modelo de desarrollo más sostenible (Agenda 2030 de la ONU) con un renovado y fuerte Movimiento por la Paz, que podría empujar hacia un nuevo y ambicioso Orden Global basado en el Multilateralismo, el Diálogo y la Cooperación.

He aquí algunos principios rectores para la articulación de una Política Progresista de estas características:

- Coherencia. Una combinación de una recuperación económica socialmente justa en todas partes, una estricta adhesión al Estado de Derecho, una verdadera aceptación de la diversidad y una política migratoria más humana y abierta, una mejor política de Desarrollo y Cooperación que conduzca a asociaciones justas son la clave. La construcción nacional desde arriba ha fracasado estrepitosamente en todas partes. La intervención militar externa sin una política holística que incluya la construcción de la paz, la democracia y el desarrollo, no es una wat para producir cambios de régimen. En cambio, apoyar a los representantes locales percibidos como autónomos y legítimos, construyendo gradualmente sociedades basadas en el consenso, es la mejor manera de construir democracias resistentes. En este ejercicio, no hay que olvidar la necesidad imperiosa de implicar a los actores y agentes regionales, ya que la construcción del Estado nacional debe integrarse en estrategias regionales más amplias en la actualidad.

- Si quieres liderar, hazlo con el ejemplo. Muy relacionado con el punto anterior está el redescubrimiento del concepto de liderar con el ejemplo. Los que se definen como "comunidad de valores" deben reconocer que esos valores se han visto cada vez más amenazados en los últimos años. Aunque ningún Estado, o comunidad de Estados, puede alcanzar nunca la perfección, esforzarse por cumplir estrictamente los valores declarados es una condición indispensable para inspirar a otros países a querer emular la experiencia de los demás. Centrarse en las sanciones y el "apalancamiento" para coaccionar a los adversarios geopolíticos percibidos, dividiendo al mundo en actores "buenos" y "malos", sólo aviva el resentimiento y reduce el apalancamiento real para fomentar un cambio positivo; la emulación y la seducción suelen ser un apalancamiento mucho mejor que la fuerza y la coacción.

- Gastar más inteligentemente, no más. Gran parte del debate sobre la defensa se basa en la idea de que todo el mundo debería gastar más en armas y medios. Sin embargo, gastar "más" no es lo mismo que gastar mejor. No hay lugar para la ingenuidad, sin embargo, este pensamiento debe centrarse en reforzar las capacidades defensivas, tanto convencionales, como no convencionales, como las ciberamenazas, el terrorismo, la desinformación, los delitos financieros, el clima, las pandemias, es decir, el efecto de los cambios climáticos en los conflictos (que ya está ocurriendo en varias partes del mundo y será cada vez más importante). Esto subraya la importancia de un enfoque holístico de la construcción de la paz, el desarrollo, etc. Y muestra que la inversión en economía verde y la lucha contra el cambio climático, ayudarán a estabilizar las sociedades y, por tanto, a prevenir los conflictos.

- Y la importancia de invertir en la ciberdelincuencia; esta forma de delincuencia y, en algunos casos, de terrorismo, puede ser perturbadora para las sociedades. "Incluso" en Europa, los gobiernos aún no están equipados para hacer frente a este tipo de ataques. Creo que es importante, como progresistas, reconocer el impacto de la ciberguerra y, por lo tanto, instar a los gobiernos a invertir y actuar al respecto. Como parte de la construcción de democracias resistentes.

- Además, la coordinación, la interoperabilidad, la formación conjunta (mutualizando material, tecnologías y ejércitos) son cruciales. Y deben ir de la mano de una visión internacional común y ambiciosa basada en los ODS. Sin embargo, debe darse prioridad a las soluciones diplomáticas en lugar de las militares, teniendo en cuenta que la diplomacia está incompleta sin la defensa, pero también lo está sin la asociación para el desarrollo.

- Reafirmar el valor inherente de la paz. El objetivo último de cualquier acción estatal responsable es la paz. Los progresistas deben recuperar y defender el valor de la paz, ya que no debe asociarse con la debilidad y el apaciguamiento de los "malos". Los progresistas deben recuperar el valor de la paz y hacerla respetable de nuevo. Esto incluye la búsqueda vigorosa y la mejora de los acuerdos de control de armas con los estados adversarios. El compromiso y la negociación no son símbolos de debilidad, sino de responsabilidad, moderación y realismo.

(La lista no es ni mucho menos exhaustiva, y cada punto requiere una reflexión más profunda y una elaboración detallada. Sin embargo, es imperativo que los progresistas aprovechen este impulso para desarrollar una narrativa verdaderamente multilateral y realista en materia de política exterior, sin caer en los delirios de la geopolítica de las "grandes potencias" ni en el aislacionismo complaciente y cerrado).